

CULTURA, DESARROLLO Y COMUNIDAD – premisa de la existencia humana.

Autor: Lic. Gladys Rodríguez González

El objetivo del desarrollo humano es el género humano. La idea del desarrollo es consustancial a la evolución de la humanidad, vinculada tradicionalmente al crecimiento económico y al progreso.

La relación entre cultura y desarrollo exige comprender las implicaciones socioculturales de las políticas y los proyectos de desarrollo, la importancia de la cultura y, por último, los factores o componentes culturales, específicos y generales, del proceso de desarrollo. Los conceptos de desarrollo y cultura han llegado a convertirse en palabras-fetiches, no porque describan con precisión una categoría coherente de fenómenos socialmente relevantes, sino porque, siendo de los conceptos del siglo XX más densamente imbuidos de ideología y de prejuicios, han venido actuando como poderosos filtros intelectuales de nuestra percepción del mundo contemporáneo¹. Ambos constituyen ideas-fuerzas directrices del pensamiento y de la conducta en los tiempos modernos. Por tanto, son –al decir del reconocido sociólogo Pierre Bourdieu- palabras frágiles, confusas e imprecisas que evocan una red de significados en las que nos encontramos “irremediabilmente atrapados”.

La idea de desarrollo ha estado determinada por prejuicios como el economicismo y el eurocentrismo. La ideología del desarrollo presupone, más que un repertorio de teorías económicas o de soluciones técnicas, una determinada concepción de la historia de la humanidad y de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, y también, un modelo implícito de sociedad considerado como universalmente válido y deseable.

Durante la época de esplendor de la teoría de la modernización, la cultura de las sociedades tradicionales fue percibida como el obstáculo fundamental para su desarrollo, en la medida en que dichas culturas eran identificadas con actitudes de fatalismo, inmovilismo y oscurantismo y con estructuras sociales

¹ Viola Andrés (2000) *La crisis del desarrollo y el surgimiento de la antropología del desarrollo*. En Andrés Viola (comp) *Antropología del desarrollo*. Barcelona: Editorial Paidós, p. 11.

obsoletas. En los 70 se produjo un llamamiento a la descolonización de la mente, promoviendo una forma de pensar y de representar el Tercer Mundo, ajena a los discursos y prácticas dominantes. Entonces se comenzaron a plantear las profundas y complejas relaciones entre cultura y desarrollo. Expertos de la UNESCO comenzaron a hablar de “desarrollo endógeno” para rechazar la necesidad o la posibilidad de la imitación mecánica de las sociedades industriales. En contra de lo que se pensaba, la era de la globalización no ha venido marcada por una imparable tendencia hacia la homogenización cultural a escala mundial, sino más bien por una “transculturalidad planetaria” que revaloriza lo local. Habida cuenta de ello, las instituciones internacionales han comenzado a reflejar un cambio de valoración de la diversidad cultural. La ONU decretó la década para el desarrollo cultural en 1988 y la UNESCO pasó a considerar la dimensión cultural del desarrollo como una variable esencial de cualquier proyecto, tan relevante como los factores económicos y tecnológicos, partiendo de constatar que una de las principales causas del fracaso de muchos proyectos de desarrollo en el Tercer Mundo fue su escasa adecuación al marco cultural de las poblaciones destinatarias.

De hecho, la dimensión cultural del desarrollo es una variable crucial para el éxito de cualquier proyecto y su olvido o infravaloración ha sido la causa de innumerables fracasos durante las décadas precedentes - recuérdese el insostenible proceso de colonización americana. Numerosos estudios antropológicos y sociológicos han dado cuenta del discurso, las prácticas y las consecuencias sociales de las instituciones del desarrollo y de las percepciones y respuestas de las comunidades locales frente a dichas propuestas. Tener en cuenta la dimensión cultural de la vida social es de vital importancia para el desarrollo social y humano. La cultura es constitutiva de todas las prácticas y es social porque es el resultado y la premisa de las interacciones y de los mutuos lazos de dependencia en los que participamos. Ya es un lugar común reconocer que no se debe emprender ningún proyecto de transformación individual, grupal, barrial o comunitaria sin tener en cuenta las costumbres, las tradiciones, los valores, las normas, los símbolos y los significados compartidos por los individuos de esa colectividad con la que se va a trabajar. Se trata de una cuestión del orden de la comunicación social -

prerrequisito para acceder a cualquier grupo humano- en vistas de que los grupos humanos constituyen una creación cultural particular dentro de la realidad social que es el mundo de los hombres. Si el desarrollo debe ser contemplado en tanto que fenómeno sociocultural, las intervenciones a través de programas o acciones concretas deben ser legítimas culturalmente hablando. En principio, dicha legitimidad se logra introduciendo una dimensión más participativa y más respetuosa con las culturas locales. También, acentuando el debate sobre la necesidad de incorporar el conocimiento local como base de un desarrollo más sostenible y la incorporación selectiva de aportaciones de la tecnología y la sociedad occidental.

Pierre Bourdieu en su obra reconoce tres niveles de cultura en el desarrollo: *el local, el nacional* —cultura, tradiciones, políticas, objetivos, recursos y procedimientos característicos de cada nación, políticas fiscales y de precios— y *el de los planificadores* —con objetivos propios, redes de comunicación, flujos de información, líneas de autoridad, imperativos territoriales, recompensas y castigos—. Es esta subcultura de los planificadores la que lleva en muchos casos a justificar el cambio en función de “metas abstractas” acordes con sus intereses y cosmovisiones, lo que se traduce en proyectos carentes de sensibilidad social alejados de la percepción de las necesidades locales, alejados de las alternativas culturalmente apropiadas.

Los Estudios Culturales constituyen uno de los temas más discutidos actualmente en el campo de la polémica de las ciencias sociales, tanto en el mundo anglosajón, como en el latinoamericano. La nueva dimensión del saber socio-cultural nos enfrenta a dos cuestiones esenciales: la necesidad por parte del pensamiento social de reformular el aparato conceptual y metodológico de las ciencias sociales, digamos de la sociología, la antropología, la etnología y las propias ciencias del arte en su conjunto, y la también crisis de centralidad, que se refleja en las formas actuales que adquieren las transferencias culturales en una sociedad en la que todo se vuelve masivo, los valores, las normas, los hábitos y las costumbres se intercambian, apareciendo en espacios cruzados de conductas e intereses no ajustables a la tradición. “La aceptación de la existencia de nuevas subjetividades, el proceso de descentramiento socio-cultural, la desterritorialización de la cultura, la tendencia del movimiento social hacia la globalización y la fragmentación como

polos que se estiran y se contraen mutuamente, provocan una densificación de los análisis sociales”, a partir de los criterios expuestos por los investigadores de la Comisión Nacional de ciencias sociales en la red de publicaciones periódicas que difunden el pensamiento sociopolítico cubano. El positivismo nos dejó un gran apartamiento y hoy se precisa priorizar el enfoque problémico por encima del disciplinar. Los procesos sociales y culturales actuales están sometidos a influencias globalizadoras que requieren un pensamiento programático con capacidad de respuesta para las diversas encrucijadas del desarrollo social.

La refuncionalización del saber social propia de los Estudios Culturales facilita las inquisiciones en los diferentes escenarios culturales y crea miradas diversas hacia los valores culturales, conectando los distintos escenarios de la vida social. Una sociedad multicultural y su masificación conllevan a una nueva dinámica de las relaciones culturales en el marco de fenómenos de orden socioclasista y las irrupciones de la economía que modelan la sociedad, así como aquellos intersticios (espacios cruzados que operan como escenarios donde tratan de encontrar acomodo nuestras imágenes, las formas figuradas de vernos tal cual somos- de ahí la importancia de los estudios culturales en el marco de la comunidades), en los cuales los hábitos, las creencias y las costumbres coexisten, dando respuestas insospechadas del comportamiento social. Los signos visibles de la realidad muestran una hibridez donde cohabitan la tradición y la postmodernidad; son los nuevos procesos de hibridación de la sociedad contemporánea.

Los conceptos de nación, estado, sujeto, educación, como términos históricos, han sido desestabilizados por el proceso de globalización de la cultura, por ello, los Estudios Culturales buscan respuesta a los órdenes simbólicos, a las estructuras valorativas que esa globalización plantea, teniendo presente no sólo los cambios que las condiciones de dependencia cultural presentan, sino la forma en que esas condiciones continúan reproduciéndose a través de las transferencias culturales y de las prácticas simbólicas en su conjunto. No obstante, los nuevos estudios abren dos posibilidades: pueden ser una herramienta crítica para conocer los fenómenos de la vida cultural actual y articular un nuevo modelo de sociedad, o bien simplemente convertirse en un saber instrumental al servicio de la industria del consumo cultural.

En América Latina existe una importante producción teórica que ha dado respuesta a los cambios sufridos por las prácticas culturales y las diferentes subjetividades alrededor de las cuales se arman esas prácticas. Sin embargo, el camino recorrido para reformular el aparato conceptual heredado de la modernidad ha sido muy azaroso. Se hace necesario hurgar en las nuevas facetas de los procesos culturales a partir de las determinaciones sociales, y a la vez reconocer el papel de las determinaciones culturales en el desarrollo social comunitario.

En Cuba la diseminación de este campo de estudios es todavía muy limitada, aunque hay grupos de investigadores que se acercan al enfoque multidisciplinar, así como algunos eventos que se realizan en la Casa de las Américas. Pero las estructuras universitarias, o la gran mayoría de las investigaciones sociales, continúan ancladas en saberes más tradicionales. Es evidente que está más actualizada la práctica artística en los sondeos culturales, que las academias y las universidades. Los estudios socioculturales en el país, amén de su gran presencia, sobre todo en el sistema institucional de la cultura, padecen de una visión fragmentada de la realidad cubana, desde lo institucional o desde lo comunitario. El mismo proceso de investigación está expresando la dicotomía comunidad/instituciones, olvidando el papel creador de la cultura en la vida cotidiana comunitaria. La aproximación a la realidad por los profesionales del trabajo y de la investigación sociocultural está atravesada por barreras epistemofílicas que divorcian la teoría de la práctica e impiden evaluar la realidad en sus contextos sociales concretos, de tal modo que los resultados obtenidos demuestran el comportamiento de la realidad cultural que se espera y no de la realidad cultural que vive dentro de la comunidad. Se observa la tendencia de evaluar en el escenario comunitario las expectativas de las políticas y programas culturales del Estado Cubano, básicamente definiendo comunidad como asentamiento poblacional de límites histórico-geográfico-administrativos.

Explico que toda práctica social es resultado histórico, proceso y es práctica creadora de nuevos sentidos. Insisto en que todo fenómeno social tiene una dimensión cultural porque la cultura es la expresión particular y específica de la vida social a través de la producción de mecanismos de adaptación natural y social, que devienen en sistemas simbólicos transmitidos generacionalmente y

enriquecidos en la interrelación con los coetáneos y contemporáneos de la práctica vital. Cada cultura es un producto colectivo del esfuerzo, el sentimiento y el pensamiento humano contextualizado en una realidad particular. Así, el surgimiento, existencia y evolución de la humanidad son procesos que se concretizan en formas específicas de vida socio-natural que han dado en llamarse entornos culturales, realidades culturales o simplemente, culturas. La cultura consiste en una específica psicología social, conformada por un peculiar inconsciente colectivo en razón de las contingencias étnicas e históricas. Como resultado de ese proceso se acumula una voluntad consciente de ser una entidad diferenciada e irrepetible en cuyo seno evoluciona la comunidad que aprehende y aplica sistemas específicos de significación simbólica. El valor del símbolo deviene de la propia historia de la comunidad que nace y se completa por formas en alto grado particulares de la cultura humana. Por tanto, cada comunidad está regida por programas culturales (o mecanismos de regulación) que ordenan su conducta y que fisiológicamente corresponden a los reflejos condicionados que desarrolla para la adaptación a su entorno existencial. Compartimos el punto de vista del antropólogo norteamericano C. Geertz, según el cual “los hombres somos animales incompletos e inconclusos que nos completamos por obra de la cultura”² y por lo mismo la vida de la comunidad está atravesada desde la guía suministrada por sistemas de símbolos significativos que conforman su cultura.

El desarrollo social se expresa entonces en el desarrollo cultural, tomando como noción del concepto “cultura” su sentido amplio que empezó a sugerirse en el siglo XIX con la explosión de los estudios antropológicos. Desarrollo cultural en tanto desarrollo de capacidades y modos de adaptación del hombre a su entorno físico-social. Una sociedad tiende siempre, aparte de eventuales coincidencias estructurales y tradiciones históricas comunes con otras, a componer un sistema singular mediado por la cultura. La Escuela Histórico-cultural del pensamiento Vygotskiano ha establecido que la psiquis humana tiene su origen y se desarrolla en sociedad, mediante la actividad práctica, que está a su vez mediada culturalmente y en constante desarrollo histórico. La

² Geertz, C. (2000) *La interpretación de las culturas*. España: Ed Gedisa, p. 42

subjetividad es la más grande y poderosa obra cultural. Las identidades se construyen en la actividad culturalmente mediada, donde se produce el proceso de interiorización y apropiación de los rasgos, significaciones y representaciones en la interacción historia-memoria. El enfoque histórico y cultural de la escuela vygotskiana coloca a la cultura en el lugar central. La nueva dimensión del saber sociocultural explica cuánto necesitamos de los estudios culturales para entender la política y aún la economía dentro de los procesos sociales.

“Los individuos necesitan tener un sentido firme de identificación grupal para tener y mantener un sentimiento de bienestar” (Kurt Lewin). La identidad es una necesidad cognitiva y cultural- pensando, por supuesto, que la cultura abarca lo político-ideológico, lo económico y lo social- y que la cognición, como toda la subjetividad, es, en lo fundamental, una construcción cultural. La identidad es, en el contexto actual y en la cultura contemporánea, una necesidad existencial. Se han podido constatar las alteraciones psicológicas que produce su desestructuración, represión, manipulación extrema, cambio súbito o destrucción intencional. La identidad es una necesidad para las personas. La identidad cultural es un “continuum”³ a lo largo del tiempo, cuyos pilares básicos lo conforman las tradiciones, los hábitos, las costumbres, los valores, la lengua, las creencias, la psicología social. Estos niveles de coincidencia y comunidad de elementos componentes fijan los grupos humanos y presuponen a su vez la diversidad, la diferencia como modo dinámico de constante enriquecimiento y proyección hacia la universalidad. La identidad cultural es un acto de conciencia, de identificación con un modo cultural, donde se desarrollan formas específicas de hacer y pensar. La cultura - al decir de Graciela Pogolloti- va tejiendo redes que dan al hombre el sentido de pertenencia a una comunidad. La gran capacidad de aprender que tiene el hombre depende de manera extrema de cierta clase de aprendizaje: la aprehensión y aplicación de sistemas específicos de significación simbólica.

Ofrecemos a continuación la definición de “cultura” adoptada por la UNESCO en la Declaración Universal sobre la diversidad cultural en noviembre de 2001:

³ Ubieta, E. (1995): *Ensayos de identidad*. La Habana: Ed. C. Sociales.

“En su sentido más amplio, la cultura puede ser considerada hoy como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Además de las artes y las letras, engloba los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias.

La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Gracias a ella discernimos valores y tomamos decisiones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como proyecto inacabado, cuestiona sus propios logros, busca incansablemente nuevas significaciones y crea obras que lo trascienden”.

Se presuponen las relaciones intersubjetivas que se establecen en la comunidad, que tienen en su base el sistema de contradicciones y representaciones individuales como elemento sustancial en la construcción y modelación de una identidad cultural colectiva.

El trabajo cultural, en tanto trabajo social comunitario, parte de las propias raíces del hombre y de sus infinitas posibilidades de creación, mediadas por la realidad socio-histórica que vive y transforma.

BIBLIOGRAFÍA:

- Bourdieu P. (1990) ***Sociología y cultura***. Consejo nacional para la cultura y las artes. México, D.F.: Edic. Grijalbo.
- Geertz, C. (2000) ***La interpretación de las culturas***. España; Ed Gedisa.
- Denys C. (1996) ***La noción de Cultura en las ciencias sociales***. París: Edic. La Decouverte.